

EDUCACIÓN, LA ESPERANZA DE UN FUTURO DIGNO

Nuria López Blanco

Del porqué de los relatos

Un pueblo que no sabe leer ni escribir es un pueblo fácil de engañar, solía decir Ernesto “Che” Guevara. La educación es un derecho al que no todo el mundo tiene acceso, sin embargo es la mejor herramienta para prosperar y forjarse un futuro digno. El mítico político cubano luchó por la alfabetización universal, un objetivo todavía sin lograr.

En la actualidad, nadie duda que todo el mundo deba tener derecho a la enseñanza, pero desde los países ricos se aparta la mirada ante esta deficiencia. *La Casita de la Esperanza* y *Mensajes del Sur* son relatos que pretenden crear conciencia entre jóvenes y adultos de una realidad invisible.

Son muchos los menores de edad que abandonan sus estudios para buscar un trabajo que les saque de la pobreza. Un camino que sólo es satisfactorio a corto plazo. Los protagonistas de estos cuentos encuentran en la educación la herramienta para huir de sus dificultades y la esperanza para alcanzar sus sueños.

* * * *

MENSAJES DEL SUR

Aquel día las olas rompían con fuerza en el puerto de Jacksonville, los barcos estaban amarrados y las playas vacías. Los turistas corrían hacia sus hoteles con cara de desazón al encontrarse con un clima tan poco habitual en Florida. Chris permanecía



Periodista española. Desde 2007 trabaja en el diario *El Mundo*; en este medio ha colaborado en diversas secciones: local, cultura, política universitaria y, en la actualidad, es redactora de su plataforma digital. Su pasión por América Latina le ha llevado a viajar de manera habitual al continente, donde ha colaborado con Organizaciones de la Sociedad Civil y con el periódico *La Nación* de Costa Rica. Es especialista en Información Internacional por la *Universidad Complutense de Madrid*. Contacto: nurialopezblanco@hotmail.com.

impasible en uno de los principales miradores de la ciudad. Con tan sólo nueve años estaba harto de pasar todas las tardes de la misma manera: salir del colegio, hacer los deberes y jugar en la orilla del mar.

Como aquel día el tiempo no acompañaba, sus compañeros de clase habían decidido ir al centro comercial. Chris les dejó marchar. Caminó durante horas y sus pasos sólo fueron detenidos por el brillo de una botella de cristal. El muchacho la examinó y descubrió que contenía algo. Entre sus manos se deslizó un papel, que ocultó bajo su chubasquero para evitar que la incesante lluvia borrara las letras. La caligrafía no era demasiado buena, pero el pequeño acertó a leer: *¿Quién eres? Yo soy Jacinto y tengo ocho años.*

Chris se marchó corriendo a casa con su hallazgo. Esa noche se encerró en su cuarto pensando en el significado de aquellas palabras. *¿Será una broma? ¿Por qué me quiere conocer? ¿Debo responder?*, las preguntas se amontonaron en su cabeza hasta que se durmió. A la mañana siguiente sus ideas se habían aclarado, sabía que debía contestar.

En el departamento de Piura, al norte de Perú, Jacinto se despertaba muy temprano. Las lluvias habían llegado a su fin y aquella mañana tocaba ir a faenar. El pesquero de su padre esperaba junto al resto de los trabajadores. Si la jornada era fructuosa, quizás podrían volver a casa a la hora de la cena. Así transcurrían los días para este pequeño. Lejos de una infancia normal. El aburrimiento lo combatía escribiendo historias que escondía en los rincones de la embarcación, pensando que el resto de la tripulación disfrutaría leyéndolas. Sin embargo, los pescadores se burlaban de él. Así que Jacinto desistió y prefirió enviar sus mensajes por alta mar a través del viejo truco de la botella. Quizás, alguien le contestaría.

52

Como cada mañana, el pequeño peruano estaba colocando las redes de captura, cuando atisbó un objeto flotando. Corrió a buscar a su padre para que lo cogiera, ya que pensaba que era la botella que había lanzado meses atrás. En cuanto Jacinto la tuvo en sus manos, supo que era su respuesta. Su recipiente de *Inka Kola* era inconfundible y allí estaba su mensaje: *Yo me llamo Chris, tengo nueve años y vivo en Estados Unidos. Me gusta mucho leer, ir al colegio y jugar con mis amigos, pero hacer siempre lo mismo me aburre. ¿Tú que haces para divertirte?* La letra era impoluta y el papel duro como el cartón. Además, el chico parecía interesado en continuar el intercambio de mensajes. Jacinto respondió aquella misma noche: *Encantado de conocerte. No voy al colegio, aunque me gustaría. Todas las mañanas me levanto temprano para ir a pescar con mi padre y si conseguimos suficientes piezas, las vendemos en el mercado de Piura, donde yo vivo. Es complicado convencer a las vecinas para que compren, pero es muy divertido. Además, me gusta mucho navegar, cada día es una aventura. ¿Qué haces en el colegio?* Al día siguiente, lanzó la botella al mar, sin que nadie le viera para evitar las risas o comentarios del resto de pescadores.

Chris llevaba un mes esperando con paciencia la repuesta de Jacinto. En el mismo rincón que la primera vez, encontró la botella. Al muchacho le entusiasmó la historia de la pesca y el mar. Sin embargo, no entendía por qué no iba al colegio porque sus padres se enfadaban mucho si él no iba. Y así se lo preguntó en su nuevo mensaje: *Tu día a día parece muy emocionante. Pero, ¿por qué tienes que trabajar? ¿No deberías ir a la escuela? Yo aprendo Historia, Matemáticas y Literatura en el colegio. En un futuro, me gustaría ir a la universidad y ser biólogo ¿Tú qué quieres ser de mayor?*

Las inclemencias comenzaron en el clima peruano y las jornadas ya no eran tan tranquilas para faenar. De manera imprudente, los pesqueros seguían saliendo del puerto de Piura. Jacinto limpiaba la cubierta, cuando las olas golpearon con fuerza el barco. El pequeño se agarró y miró al horizonte. Antes de lo que jamás hubiera

pensado, allí estaba de vuelta su botella. Corrió a cogerla con una red, pero la embarcación se tambaleó y el muchacho cayó al mar. Los marineros se apresuraron a rescatarle, aunque cuando lo lograron, Jacinto ya estaba inconsciente. Llevaron al pequeño al hospital, donde permaneció varias semanas. Días y días en los que Chris no obtenía respuesta y presentía que algo malo había sucedido.

Jacinto mejoró en un par de meses y su madre consiguió que no volviera a trabajar. Así, el pequeño peruano escribió su última carta: *Éste será mi último mensaje. No volveré a la mar; al menos hasta que cumpla los 18. La última vez que salí a pescar casi muero ahogado y mi familia ha decidido que a mi edad debo ir al colegio. En la última carta me preguntabas qué quería hacer en el futuro. Antes del accidente, quería ser pescador. Ahora, ya no lo tengo tan claro. Estoy muy ilusionado por poder volver a ver a mis amigos y leer; que es lo que más me gusta. En mi casa dicen que eso que dices de la universidad es una tontería. Ninguno de mis hermanos mayores han ido y tienen buenos trabajos. Puede que yo tampoco vaya, así que ya me contarás en futuras cartas cómo es. Mi deseo para el futuro es tener un puesto permanente en el mercado y vender los mejores productos, no sólo pescado. Hasta siempre Chris.*

Cuando el mensaje en la botella de *Inka Kola* recaló en Florida, el joven americano aprendió a ser feliz por poder ir al colegio y jugar con sus amigos, sin que nadie le obligara a trabajar. Fue entonces cuando se sintió afortunado con su rutina.

* * * *

LA CASITA DE LA ESPERANZA

Nadie elige el lugar donde nace, ni donde da sus primeros pasos y, sin embargo, son esas huellas iniciales las que marcan el largo y abrupto camino de su vida. Jill nació un caluroso mes de enero en un rincón olvidado de Perú. Podía haberlo hecho en un apartamento de la Gran Manzana de Nueva York, en una casa victoriana de la campiña inglesa o en un barrio de clase media en la periferia de Madrid. Lo hizo en una casa de fina madera –por la que penetraba la fría brisa del mar– con dos habitaciones diminutas, varios colchones sin muelles, un hornillo para calentar la comida y en un asentamiento humano que hacía las veces de barrio dormitorio y vertedero de la capital.

Aquella noche su padre no estaba en casa, había salido a emborrarse a la cantina más lejana, dejando sola a su mujer embarazada y a sus dos hijas. Había sido una gestación complicada. Sin descanso alguno, la madre había seguido trabajando en la playa, donde buscaba hierro y objetos de valor por un puñado de soles. Un trabajo muy habitual en la zona; los camiones llegaban diariamente a la orilla del mar a descargar los vertidos de la ciudad, contaminando la costa, el agua y poniendo en peligro la vida de los habitantes de aquel poblado. Los perros enfermos eran los animales de compañía de los niños. Carecían de fuerza para moverse y sus pocas energías las gastaban en arrebatarles comida a base de arañazos.

La madre de Jill llevaba una semana sin poder moverse de la cama, sus dos hijas de 7 y 12 años habían tenido que asumir sus labores, dejando a un lado el colegio y dedicando las mañanas a vender pescado en un puesto ambulante. Aquel día los dolores de tripa fueron muy intensos, tanto como los gemidos de dolor, pero no había ‘plata’ suficiente para acudir al médico. La vecina de enfrente asistió su parto. A falta de cinco minutos para dar las cuatro de la mañana, su marido todavía no había vuelto a casa, las niñas dormían a pierna suelta y ella no pudo aguantar más... Rompió aguas.

Aquel día cualquiera, de un clásico caluroso mes de enero en la costa peruana, Jill abrió sus pequeños ojos. Una mirada intensa, que con los años transmitiría más datos sobre su personalidad que sus propias palabras. Cuando el padre descubrió que había un nuevo miembro en la familia, lejos de alegrarse decidió abandonar a su mujer, con promesas de futuro jamás cumplidas.

A pesar de la adversidad, a Jill no le faltó nunca cariño. Lo más difícil fue conseguir que aprendiera a leer y a escribir, sobre todo porque no iba a la escuela y sus hermanas no tenían mucha paciencia para enseñarle. Con sólo cinco años, el pequeño era muy curioso, a veces entrometido, inquieto y con un doble sentido para advertir los problemas.

Fue un día de frío invierno, paseando por el poblado, cuando Jill descubrió algo que le iba a cambiar la vida por completo. Un edificio amarillo de cemento, con una puerta negra de metal, un cartel con letras azules y varios grupos de niños de diferentes edades entrando y saliendo... Su curiosidad le machacó por dentro. Le habría gustado entrar, pero no se atrevió. Le habría encantado poder leer lo que ponía en el cartel, sin embargo no conocía todas las letras del alfabeto. Enfadado consigo mismo, volvió a casa sin mirar atrás. Las risas que salían de aquel recinto se seguían escuchando a lo lejos.

Al entrar a su hogar, cerró la puerta tan fuerte que todas las paredes se tambalaron, se dirigió hacia la endeble mesa del salón, cogió un libro y buscó algunas de las letras que aparecían en el cartel que había visto minutos antes. No era capaz de leerlas.

54 Cuando su madre llegó de trabajar, le preguntó por el edificio amarillo y ella no tuvo más remedio que darle una explicación. Se trataba de *La Casita de la Esperanza*, así rezaba el cartel que no supo leer, una escuela en la que se ayudaba a los menores del lugar con sus tareas y se apoyaba a los que no tenía oportunidad de ir al colegio. El pequeño se cuestionó rápidamente por qué ni él ni sus hermanas solían acudir allí. La madre le explicó que su marido lo había prohibido tajantemente. *¿Saber leer y escribir no nos va a sacar de pobres!*, solía decir aquel padre que les había abandonado.

Cada tarde, con la excusa de que era demasiado pequeño para trabajar, se escapaba a 'La Casita'. Desde el primer día los profesores, que eran vecinos voluntarios de la zona, pusieron mucho empeño en su educación. Allí también recibía una comida diaria y podía jugar con otros niños.

Pasaron tres meses hasta que su madre se enteró de sus andanzas, intentó impedir que regresara, pero desde que iba a 'La Casita' sonreía más que nunca. Además, la venta de droga comenzaba a causar furor entre los chicos de su edad y si empezaba a relacionarse con los pandilleros, le perdería para siempre.

Cuando Jill cumplió los 13 años comenzó a trabajar en la fábrica de pescado de la zona para apoyar a su madre, que había contraído tuberculosis. Hacía años que sus hermanas se habían ido a vivir con sus novios y volvían pocas veces de visita. El pequeño de mirada intrépida se había convertido en un adolescente de ojos cansados y tristes. Había empezado a beber a escondidas por las noches, nunca tonteo con las drogas, aunque invitaciones no le faltaron, y 'La Casita' se convirtió para él en un refugio en el que se desconectaba de la hostil atmósfera del exterior.

Los profesores conocían sus pequeños escauceos con el alcohol. Jill estaba aprendiendo carpintería en 'La Casita', así que nunca le dijeron nada porque les asustaba que una reprimenda pudiera alejarle de allí. Era uno de los pocos chicos que había reconducido su vida en un entorno tan problemático.

El día que Jill cumplió los 16 volvía a casa después de estudiar, paró a comprar

un pollo para cenar. Suponía que su madre ya estaría hambrienta. Cuando abrió la puerta de su casa, ella estaba tumbada en el sofá, con un rostro feliz. El muchacho se acercó para despertarla. *Mami*, susurró en su oído. No tenía respiración. Aquella mujer que había dado a luz un caluroso día de enero, había fallecido desnutrida por el virus de la tuberculosis, en el mismo sofá en el que Jill había abierto los ojos por primera vez.

Tras el entierro, el muchacho estaba destrozado. Le habían ofrecido un trabajo en la capital y poco le quedaba allí que quisiera mantener. Se marchó sin mirar atrás. Sólo interrumpió su camino cuando se aproximó a *La Casita de la Esperanza*. Una lluvia de recuerdos empezó a inundar su cabeza. Miró el cartel de la parte superior del edificio de cemento amarillo. Entendía perfectamente aquellas letras y, ante todo, entendía el significado de la palabra 'Esperanza', que resonaría en sus pensamientos para siempre.

FIN